

LA GACETA MUSICAL BARCELONESA.

SEMANARIO ARTÍSTICO.

Publicase todos los domingos; dando á los suscritores ocho paginas de música al mes, para canto y piano y piano solo, que contendrán las mejores piezas de las óperas que se ejecuten en nuestros teatros.

Precios de suscripcion.—En Barcelona cinco reales al mes; en provincias seis, y en América y el extranjero ocho, franco de porte.

Redaccion y Administracion.—En Barcelona Almacen de música de D. Juan Budó, plazuela de San Francisco, núm. 5.

Puntos de suscripcion.—Barcelona, Almacen de música de D. Juan Budó, y librería de D. Salvador Manero, Rambla de Santa Mónica.—Madrid, Sres. Carrafa y Sanz, hermanos, calle del Príncipe, n.º 5, almacen de música, y Sr. D. Antonio Romero, calle del Arenal, núm. 20, id.—En provincias en casa de los corresponsales del Sr. Manero y almacenes de música.

ADVERTENCIA.

Con el número último se repartió á nuestros amables suscritores á la seccion de canto *La Rosa*, melodía por Schubert, y á los de piano solo las páginas 4, 2, 7 y 8 del nocturno *Emociones del alma*, por J. Lladó.

CUESTION QUE LAMENTAMOS.

(Conclusion).

En el año de 1852, si mal no recordamos, una nueva empresa del gran teatro del Liceo trató de rebajar los sueldos á los profesores que componian la orquesta; y para llevar á cabo esta determinacion, se comisionó al maestro director que entonces habia.

No entraremos á juzgar si fué conveniente ó no tal medida, porque desconocemos de todo punto las causas que la motivaron: lo que sí diremos es, que el maestro director hizo mal en aceptar la comision, porque el director de una orquesta es el jefe y protector de ella y como tal es su deber defender los intereses y el decoro de la corporacion que está bajo sus órdenes, y no convertirse en instrumento mercantil contra el decoro del profesorado.

Las empresas de teatros son muy dueñas de plantear las mejoras y economías que mas beneficiosas crean á sus intereses; pero un maestro director hacerse eco de ellas con perjuicio de los intereses y el mérito de los individuos que componen una orquesta como la del Liceo, jamas lo aprobaremos, porque si tal hiciésemos, aprobaríamos el desprestigio del arte y el descrédito de la profesion.

Propuesta á los individuos de la orquesta la rebaja en sus sueldos, no fué aceptada por la mayoría, y el maestro director, aprobando la determinacion de la empresa, se vió obligado á ejecutar las óperas con siete músicos y dos pianos!!

Entre los profesores que se separaron, á nuestro entender con justicia por la dignidad del arte, uno fué el primer clarinete que entonces habia; llevando á tal estremo su justo resentimiento con el maestro director, que aceptó una plaza de músico mayor en un regimiento, para no volver á estar bajo las órdenes de quien tan poco habia defendido á la corporacion de que formaba parte.

Esto se nos ha asegurado y así lo consignamos; si cierto no fuese, rectificariamos nuestras palabras.

Terminó la empresa de que nos ocupamos sus compromisos y otra ocupó su lugar; y no creyendo esta conveniente á sus intereses los conocimientos del anterior maestro, nombró otro que lo reemplazase y formó de nuevo la orquesta, volviendo á ingresar en ella los disidentes.

Faltando el primer clarinete por las razones ya espresadas, el segundo clarinete ocupó su lugar y lo desempeñó á perfecta satisfaccion de los directores sucesivos, puesto que ni propusieron separarle, ni el público lo desairó en ninguna ocasion, antes al contrario, fué aplaudido varias veces.

Así las cosas por tres ó cuatro temporadas distintas, una nueva empresa creyó necesarios para sus intereses, los conocimientos del maestro director, que propuso á la orquesta la rebaja de que nos hemos ocupado anteriormente; y dicho maestro, deseando, sin duda, captarse la voluntad de antiguos enemigos ó por otras causas que no nos incumben, manifestó al profesor de clarinete que ocupaba la plaza de primero, si tendria inconveniente en que volviese á ocupar su puesto el que anteriormente lo desempeñaba pasando él al segundo.

Esta proposicion, como conocerá el lector, si era dura para ser aceptada por quien habia dado pruebas de saber cumplir con su deber, era aun mas desfavorable para la persona que lo proponia; y creyendo el profesor que algun compromiso grande hacia dar este paso al director, por no querer ser causa de nuevos disturbios, manifestó no tener inconveniente en aceptar lo propuesto.

Primera prueba de buena fé y de honrado proceder en el profesor á que aludimos.

Escribe el maestro director al disidente primer clarinete ofreciéndole la plaza; este le contesta que no la acepta, y el maestro, sin tener en cuenta el desaire o renuncia, le vuelve á escribir manifestándole que la plaza le seria reservada para cuando la quisiera ocupar.

Si este paso fué bien ó mal dado, la profesion y no nosotros lo juzgara.

Empezada ya la temporada teatral y despues de varias obras ejecutadas, se puso en estudio por primera vez en Barcelona la ópera de Meyerbeer *Los Hugonotes*; y en el mismo dia del ensayo general, el acompañamiento obligado de viola que tiene la romanza de tenor del primer acto, por motivos que no son del caso referir, lo traslada el maestro al clarinete, y no solo esto, sino momentos antes de la representacion y en el cuarto del tenor, le hacen ensayar á aquel profesor una fermata á duo con la voz, si comprometida la parte arpegiada del acompañamiento, mas comprometida la fermata.

Esta precipitacion podia muy bien comprometer no solo la reputacion del profesor, sino el éxito de una obra que tanto habia costado poner en escena y de la que tal vez dependia la suerte de la empresa. Toda esta responsabilidad la aceptó el instrumentista y salió triunfante del empeño.

En estos instantes se presenta el profesor á quien el maestro habia ofrecido la plaza de primer clarinete por habersele separado del destino que desempeñaba; se le brinda para que la ocupe, y manifiesta que la ocuparia á la siguiente temporada, dando por excusas, lo que no nos parece oportuno consignar en este escrito.

El profesor que desempeñaba la plaza ya dicha, habia hecho cuantos sacrificios podia hacer, mas, no le permitian su

decoro y reputacion, y trató de hacer valer sus derechos. La empresa conoció la razon que le asistia; pero el maestro quiso llevar adelante su ofrecimiento, la empresa accedió á sus deseos, desatendiendo las razones del profesor, y este ocupó un puesto inmerecido, sin que se tuviese en consideracion sus servicios en la orquesta y en las catedras del Liceo, y su comportamiento en la cuestion que nos ocupa.

Nueva empresa toma el teatro, nuevamente queda separado el maestro director á que aludimos; y conociendo el reemplazante las razones de nuestro defendido y el mérito del antiguo primer clarinete, coloca á ambos á *perfecta vicenda*. Este no acepta y aquel ocupa de nuevo la plaza de primero.

Vuelve el maestro director de la rebaja consabida á entrar en el teatro, vuelve á hacerse nueva injusticia á nuestro defendido, y vuelve á entrar de primero el que no quiso admitir á su antiguo compañero á *perfecta vicenda*, siendo así que en nada se le perjudicaba.

Seguido hubiese nuestro defendido conformado con su suerte, y nosotros hubiéramos guardado silencio sobre el particular, sino se hubiese tomado ya como un medio la difamacion artistica hácia dicho profesor que no podemos pasar desapercibida, aunque repugnante nos sea hablar de estos asuntos y haga formar una triste idea no solo de algunos de los que profesan el arte, sino tambien de otros que en el Liceo por la posicion que ocupan entre los accionistas debieran ser mas cautos en hablar y mas previsores al recomendar.

Todas las empresas que ha habido en el Liceo han reconocido lo justo de la peticion de nuestro defendido y ninguna ha podido obrar sin estar coartada por esa falange de recomendaciones de que se valen siempre los que no tienen otra justicia en que fundar sus causas.

Este modo de obrar es preciso desaparezca, y que el mérito y los servicios prestados sean las únicas y verdaderas recomendaciones de un profesor.

El empresario actual del Liceo al ver en la cuestion que nos ocupa, el proceder de las dos personas que en ella juegan, se ha convencido definitivamente de que lado esta la razon, y la profesion lo conocerá tambien por los siguientes hechos.

Mientras que de una parte se le presentaba á la empresa una larga esposicion á guisa de memorial, y recomendaciones de varias personas, entre las que habia un oficio firmado por un elevado personaje presidente y protector de una sociedad musical de Madrid; de la otra parte solo se le pedia un certamen artistico con su competidor, presidido por los maestros que la empresa designase, para que de este modo se decidiese mejor la cuestion y poder contestar á los que hablaban por hablar y denigraban á mansalva una honrosa reputacion.

Este ha sido el modo de obrar de nuestro defendido; juzgue la profesion si nuestra defensa es justa.

El porque no se ha llevado á cabo el certamen que con tanta dignidad como razon artistica se pedia, no lo sabemos. Solo si sabemos, que el Sr. Verger ha llamado á nuestro protegido, y dándole esplicaciones que honran á ambos, le ha manifestado que se baya colocado en la nómina como primer clarinete, y con el sueldo de tal, y que por un obsequio especial á la empresa ejecutará las partes de segundo.

Este proceder, en la posicion que han colocado al señor Verger exigencias poco prudentes, le enaltece ante la profesion y el público sensato, al mismo tiempo que con él da una leccion á las personas que ocupando puestos oficiales se valen de ellos para obrar tal vez en contra de intereses ajenos.

Sin querer rebajar el mérito de nadie y solo relatando los hechos tal como creemos han pasado, la profesion para quien escribimos los juzgará imparcialmente. Duélenos, sin embargo, el que entre profesores de algun valer, se usen otras armas que las del mérito para alcanzar no un puesto que nadie disputa, sino un triunfo de terquedad que á nada noble conduce.

LOS PÁJAROS CANTORES.

(Continuacion.)

Seis meses despues, las ventanas y paredes de la pequeña casa del organista estaban literalmente tapizadas de jaulas de todas dimensiones.

Los pájaros del buen Van-Braken habian ganado los tres primeros premios en los concursos de Lieja, Gand y Malinas, á donde Mr. Etevens habia enviado sus mejores cantores.

Sin embargo, el organista no se dormia sobre sus laureles; porque la liza iba á abrirse dentro de poco en Bruselas, y esta era la prueba decisiva.

Al alba, el piano despertaba á los pequeños cantores del viejo organista, y hasta la noche aquello era un concierto atornador, un verdadero diluvio de trinos, *floriture* y gorjeos.

Una mañana que Van Braken estaba sentado delante de su piano, una dulce voz de mujer resonó á pocos pasos, dominando el canto de los pájaros.

Una sonrisa de placer iluminó la figura del organista, que continuó sus acordes y escalas.

La voz repitió con una pureza y seguridad admirables, todas las notas que el músico hacia vibrar bajo sus dedos.

Van Braken se dirigió á la ventana que habia dejado abierta.

Una jóven, envuelta en un agujereado manton, estaba sentada en el banco de madera colocado debajo de la ventana.

Su rubia cabeza, apoyada en la pared, parecia pintada entre la yedra y las rosas que serpenteaban sobre la piedra.

El organista contempló durante algunos segundos la pequeña mendiga, cuyos rasgos alterados por la miseria y los sufrimientos tenian una expresion admirable de dulzura y resignacion.

— ¿Eres tú quien cantaba ahora mismo, niña mia? dijo tocándola ligeramente la espalda.

La mendiga se levantó temblando.

— Sí, señor; si esto os incomoda, no cantaré mas, le contestó ella mirándole con una fijeza estraña.

— No digo yo eso, hija mia, muy al contrario; y la prueba es que te doy un florin para espresarte mi agradecimiento por el placer que me has causado.

Van Braken sacó de su bolsillo una pequeña moneda de plata y se la dió á la mendiga.

La jóven estendió su mano en el vacío sin poder encontrar la del organista.

— ¡ Ah ! ¡ pobre muchacha, exclamó el buen organista, es ciega !

— Sí, señor, repitió tristemente la pequeña cantora, hará unos dos años que estoy ciega. Vengo á menudo á sentarme en este banco para oir cantar á vuestros pájaros. Cuando hace sol y los poneis en esta ventana, yo me acerco y les hablo. Ya me conocen, pues me responden. ¡ Ay ! ¡ cuánto desearia verlos ! ¡ Deben ser tan lindos !

Una nube de tristeza pasó por la frente del organista; y al ver la singular semejanza que existia entre la pequeña mendiga y sus pájaros se le oprimió el corazon.

Quedó por un momento absorto en una profunda meditacion

— ¡ Cómo te llamas, niña mia ! dijo con bondad.

— Adriana, señor,

— ¿ Qué es de tu familia ?

— Yo no tengo familia. Mi madre ha muerto hace tres años en el hospital de esta ciudad.

— ¡ Ah ! ¿ era de este país ?

— No señor, era de Viena.

— ¿ De Viena ? repitió Van Braken con emocion.

— Si señor; era una célebre artista segun me han dicho despues, porque ella nunca me hablaba de esto; por haber de-

jado el teatro para seguir á un jóven á quien amaba, que la abandonó miserablemente en Italia.

— ¡Stevens!... ¿Y eres tú la hija de este hombre? preguntó vivamente Van Braken.

La mendiga bajó tristemente la cabeza haciendo un signo negativo.

— ¿Dime el nombre de tu madre, niña mia?

— Mi madre se llamaba Elvira.

El anciano dió un doloroso grito y vaciló.

— ¡Elvira! ¡Ah! ¡pobre mujer! ¡pobre mujer! dijo sollozando. ¿Y tú eres su hija? ¿tú? ¿y mendigas el pan?... ¡Oh! no, no, ven mi pobre niña, ven.

Y sentándose en el poyo de la ventana, el buen hombre cogió de la mano á la ciega. Adriana vaciló; pero el organista la rogó con una voz tan tierna, que al fin se decidió á entrar en la casa y sentarse á su lado.

— Con que, ¿vos habeis conocido á mi madre?

— Sí, dijo Van-Braken, era su mejor amigo en Viena... ¡hace mucho tiempo! Pero ya te contaré estas cosas mas adelante; ahora no se trata de esto. Tú no me dejarás, Adriana, porque he encontrado ocupacion aquí para tí.

— ¡Desgraciadamente, señor, olvidais mi triste posicion!

— No, niña mia, no... Tú quieres á mis pajaritos; pues bien: tú los cuidarás, tú cantarás con ellos y pues que te conocen pronto te obedecerán como á mí. La casa no es grande y con el tacto especial que Dios ha dado á los desgraciados privados de la vista, pronto harás conocimiento con mi modesto ajuar. No serás una criada para mí, sino una compañera, una amiga... ¿No respondes?... ¡ah! ¡sí! Ya comprendo: tienes la desconfianza inherente á los de tu enfermedad, ¡y te doy miedo! Pues bien; tus manos que tanto ven, lean en las mías y en mi frente las señales de la ancianidad, y entonces tendrás mas confianza en las palabras del buen Van-Braken.

— ¿Van-Braken? exclamó Adriana apretando la mano del organista. ¡Ah! ya no vacilo, porque sé que sois bueno y se puede fiar en vos.

— ¿Tu madre te ha hablado alguna vez de mí? dijo con vacilacion el viejo compositor.

— Sí, muy á menudo.

— ¿Y qué te decia?

— Me decia, continuó Adriana, con voz mal segura, me decia, que os habia dado muchos pesares, y que si ella hubiera querido, hubierais sido un grande artista.

Van-Braken pasó una mano por sus ojos para enjugar sus lágrimas, y dijo con una forzada alegría:

— Vamos... dejemos esto: está muy lejos ya.

El honrado artista no habia contado con la inteligencia de Adriana. Al cabo de un mes, la jóven circulaba por la casa con una seguridad maravillosa. La amistad y el reconocimiento que manifestó al anciano organista, y los cuidados que tuvo con sus pequeños compañeros de infortunio, acabaron de ganar el corazon de Van-Braken, que le amaba ya como á una hija.

Un día que Van-Braken habia salido para que le arreglaran su cronómetro, un joven con traje de viaje se presentó en su casa deseando verlo.

Adriana introdujo al extranjero en el cuarto del músico, rogándole esperara la vuelta del maestro.

El jóven no se hizo de rogar.

— Hay una persona que os espera, maestro, dijo Adriana reconociendo sus pasos.

— Hé aquí una cosa rara, respondió Van-Braken: no conozco á nadie aquí. ¿Qué diantre será esto?

El músico levantó el pestillo de la puerta de su cuarto, y retrocedió medio sofocado por una nube de humo.

— ¡Federico!

— Van-Braken, ¿tío mío! exclamó el jóven echándose en los brazos del anciano.

— Buenos dias, amigo mío, dijo el organista apoyando sus labios en la frente de su sobrino. Ahora que ya te he abraza-

do, déjame abrir pronto puertas y ventanas. Tu humo maldito va ahogar á mis pájaros. Adriana. Adriana; ven pronto, niña mia, llévate mis cantores; y tú dame el gusto de tirar ese horrible cigarro.

Adriana se presentó á los gritos del buen anciano y se apresuró á cumplir sus órdenes.

— Vamos, ayúdanos: dijo Van-Braken, dando con su mano en la espalda de su sobrino...

— Con mucho gusto, mi buen tío, respondió el jóven saltando ligeramente sobre una silla, para descolgar una jaula que estaba a la altura de la cornisa.

— ¡Cuidado! ¡mucho cuidado, Federico! exclamó el anciano levantando los ojos al techo... que es la jaula de *Fanfarra*.

— ¿Qué es esto de *Fanfarra*?

— *Fanfarra* es mi primer cantor, pues gorgea quince veces su cancion en un minuto.

— ¡Bien! Y por cierto es bonito *Fanfarra*! exclamó el jóven riendo... Ciego y desplumado: dos fealdades por falta de una.

Un gemido se escapó de los labios de la pobre Adriana.

— ¡Loco! murmuró Van-Braken, arrancando la jaula de las manos de su sobrino, y poniéndola en las de la jóven: ¡ten, niña mia! *Fanfarra* ha trabajado mucho esta semana, tiene necesidad de reposar; llévale al campo.

El campo del buen Van-Braken era sencillamente la ventana del granero.

— Decidme, tío mío, ¿por qué me habeis llamado loco? dijo aturdidamente el jóven cuando estuvo solo con su pariente.

— Porque acababas de causar un grande pesar á mi querida Adriana.

— Yo, ¿cómo?

— Con una palabra te lo explicaré: la pobre jóven es ciega.

— ¡Ah! Teneis razon, soy un loco, murmuró el jóven. El golpe habrá sido cruel para la desgraciada niña.

— Vamos no hablemos mas de eso... ¿Qué vienes á hacer tú en Amberes?

— Veros, mi buen tío, y anunciaros una buena nueva. Soy médico, y antes de irme á establecer en Bruselas he querido pasar algunos dias con vos.

— ¡Ah! ¿con que eres médico?... Pues ¿que edad tienes?

— Veinte y dos años, tío mío.

— Caramba; justamente la edad de Adriana.

— ¿La ciega?

— ¿Ya volvemos á las andadas?

— No por cierto.

— ¡Pues bien! te doy la enhorabuena, amigo mío. Solamente temo que aquí no te divertirás mucho; pero cerca de aquí tienes el café para fumar y hacer tus partidas de dominó.

— Espero emplear mas útilmente mi tiempo, querido tío.

Adriana entró en este momento con una fuente en la que estaban colocadas una cafetera y tazas de porcelana.

— Hacedla poner á la claridad del dia, dijo el jóven médico inclinándose al oido de su tío.

— ¿Para que?

— Luego os lo dire.

— Acercate, querida Adriana dijo el organista atrayendo á la ciega hácia la ventana; ahora mira al cielo.

La jóven levantó la cabeza y fijó en el cielo una segura mirada.

— Ved, querido tío, continuó en voz baja Federico, ved como se dilatan sus pupilas.

Y el jóven, despues de haber mirado con atencion los ojos de la enferma, hizo una ligera seña de satisfaccion á su tío.

— Os he causado hace un momento un verdadero dolor, señorita, dijo, dignaos perdonarme. Lo que os voy á decir tal vez acabe de borrar este recuerdo de vuestro pensamiento. Sobre mi alma y mi conciencia, creo poderos prometer que recobrareis la vista.

— ¡Federico! ¿qué es lo que estás diciendo?

—La verdad, tío mio... Leo en la mirada de esta niña tan claramente como vos leéis en vuestra música. Señorita Adriana, ¿respondereis francamente á mis preguntas?

—Sí señor, murmuró la pobre ciega.

—Hará unos dos años que estais privada de la vista ¿no es así?

—Sí señor, dos años.

—Habeis tenido grandes pesares; y antes de habitar esta casa habeis sufrido la miseria y el hambre. No os dé vergüenza esto, señorita. Son los mejores títulos para la estimación de un verdadero amigo.

(Se continuará.)

TEATROS DE LA CÔRTE.

Del Correo de Teatros del 25 de octubre copiamos lo siguiente:

«El lunes asistió la corte de gran gala al teatro Real, donde se cantó la *Semiramis*. La función se había mandado disponer por S. M. la Reina; en obsequio de la Emperatriz de los franceses, y el convite fué hecho en nombre de aquella augusta señora.

Los ecos de la orquesta, tocando la marcha real, anunciaron á la brillante concurrencia la entrada de las reales personas en el palco régio, y un momento despues se dió principio á la función.

La Reina y la Emperatriz ocuparon los dos asientos del centro; á la derecha de esta el Rey, y junto al Rey la princesa Ana Murat. A la izquierda de la Reina Isabel se colocaron sus tíos los Infantes D. Francisco y D. Sebastian. Parte de la servidumbre quedó en pié detrás; el almirante Dupuy y demas individuos de la comitiva de la Emperatriz, ocuparon los palcos inmediatos.

En los demás palcos estaban los Ministros de la Corona, los individuos del Cuerpo Diplomático extranjero, las Autoridades y los altos funcionarios de grande uniforme, y muchas de las principales señoras de la aristocracia ricamente ataviadas.

Los que ocupaban las butacas iban tambien de uniforme ó de rigurosa etiqueta.

El Teatro Real ofrecia por lo tanto un golpe de vista verdaderamente deslumbrador, ostentando el palco de diario de la familia real una rica y elegante colgadura de terciopelo bordado en oro, que se estrenaba aquella noche.

VARIEDADES.

Han dejado de publicarse los semanarios *Gazzetta Teatrale* de Nápoles y el *Buon Gusto* de Florencia.

—En Florencia ha sido recibida la ópera *Fausto* con un grande entusiasmo.

—El Sr. Rizzoli ha escriturado para el teatro de Cádiz á la Penco, la Ponti dell' Armi, el tenor dell' Armi y el barítono Buti.

—Del periódico *The Freemans* de Dublin tomamos las siguientes líneas: «El debut de la señora Velpini sobre la escena de Dublin ha obtenido del numeroso auditorio una cordial y unánime aprobación. La acción de la Sra. Velpini y su canto altamente dramático, nos hacen declarar que es una artista de gran mérito, y digna de ocupar un puesto eminente entre las celebridades del día. Su voz de puro soprano, su método esquisito de canto, y su elegante y bella figura, forman un conjunto difícil de encontrar en una sola persona. El público la aplaudió con entusiasmo y la hizo repetir toda la parte de la *Lucia* desde la primera á la última nota. Terminada la representación, una señora de la alta sociedad de Dublin quiso

ver á su bella *Lucia* y fué á visitarla á su cuarto, y despues de mil felicitaciones le presentó un magnífico bouquet y un brazalete de oro macizo.» —Felicitamos á nuestra compatriota por tan señalado triunfo.

—Ha muerto en Méjico el bajo Casali.

—Continúa cerrado el teatro de San Carlos de Nápoles.

—El *Rigoletto* ha sido mejor acogido del público de París que fué la *Traviata*. El barítono Delle Sedie fué aplaudido con entusiasmo y se le hizo repetir el duo del tercer acto con la señora De Lagrange.

—En Rio Janeiro se ha ejecutado una ópera nueva del maestro Gomez, titulada *Jeanne de Flandre*, que no ha merecido la mayor aceptación y que, segun la opinion de Mr. Nuciat, no tiene el mérito que la primera producción del antedicho autor, nominada *la Nuit du Castel*.

—El día 4 de noviembre se abrirá el nuevo teatro construido en Hamburgo. Segun los periódicos, es magnífico por su construcción, lujo y elegancia.

—La compañía de zarzuela del teatro de Santander gusta mas cada día; igualmente la que actua en el teatro de la Princesa en Valencia.

—Se ha verificado en el teatro Principal de Granada la segunda representación de *L' Elixir d' Amore*, ejecutada por los discípulos de Ronconi, y haciendo este la parte de *Dulcamara*. El público aplaudió con entusiasmo al maestro y á los discípulos.

—El *Porvenir* de Granada asegura que cantarán este año en aquel teatro la Penco, la de Lagrange y Mario.

Barcelona.

Nuestro distinguido compatriota el tenor Carrion, ha sido agraciado por el Gran Duque de Hesse-Darmstadt, con la cruz de Ludovico III.

—En el teatro del Liceo se está ensayando para ponerse en escena la ópera del maestro Mercadante *Il Giuramento*.

—El jueves último se puso en escena en el Liceo la *Linda*, cantada por las Sras. Colson, Grassi y Mas Porcell, y los señores Fabris, Cresci y Bremond y su éxito fué bueno: en nuestro próximo número nos ocuparemos mas detenidamente.

—La función dada en la pasada semana por la sociedad del *Orfeon*, ha gustado mucho á los socios.

—Hoy tiene lugar en los Campos Elíseos el concierto anunciado, con el objeto de adquirir recursos para poder costear los gastos del Festival que ha de darse en el próximo mes de marzo.

—Son repetidas las quejas que nos dan nuestros suscritores de provincia, de no recibir los números de la *Gaceta*. Podemos asegurar que todos se remiten con puntualidad, y que en nosotros no está la culpa. Sin embargo, mandaremos los que se reclamen.

—Se nos ha asegurado que la Sociedad del *Orfeon* se va á españolizar, ejecutando piezas españolas y cantadas en nuestro hermoso idioma, para cumplir con el objeto de su fundación. Si es cierta esta noticia felicitamos desde ahora á los directores de dicha Sociedad.

—La Sra. de Lagrue es cada día mas aplaudida de nuestro inteligente público, así como tambien la Colson, la Grossi, Negrini, Cresci y varios otros cantantes de la actual compañía del Liceo.

—La sinfonía que se ejecutará en el teatro del Liceo el día de S. M. la Reina Doña Isabel II, cuya composición es debida al distinguido talento del maestro compositor catalán Don Baltasar Saldoni, lleva por título: *A mi patria*.

—Ayer han tenido lugar en la parroquial iglesia de San Miguel, las honras fúnebres en sufragio del alma de nuestro malogrado amigo Sr. D. Francisco Bernareggi y Pujol. Brillante y numerosa fué la concurrencia que asistió á ella.

Por todo lo no firmado, Miguel Budó.

Editor y propietario, MIGUEL BUDÓ.

BARCELONA.—Imp. de Narciso Ramirez, pasaje de Escudillers. número 4—1863.